

1000070

# Esteban Borrero

Por LUIS MORAN LORET  
DE MOLA

*Jul - I - 14/49*

LA señora Dulce María Borrero de Luján fué amiga distinguida y excelente. Conocí a tan valiosa cubana cuando las fiestas que se efectuaron en Camagüey, en el año 1941, para evocar el primer centenario del natalicio de Ignacio Agramonte y Loy-naz. Me fué presentada, después de una interesante conferencia pronunciada, en el Liceo de Camagüey, alrededor de la figura romántica del Bayardo de la Revolución Cubana, en presencia de la hija del prócer insigne, la distinguida y respetable señora Herminia Agramonte y Simoni. La hija del héroe, la excelsa literata y yo, habíamos salido rumbo a Camagüey, oportunamente aunque por transportes distintos. Conocía ya a la hija de Agramonte, pero fué allí, en "la ciudad de leyendas y tradiciones hermosas", donde se inició mi amistad con Dulce María Borrero. Desde aquella coyuntura hasta su deceso, ocurrido en esta Capital en fecha todavía reciente, cultivé su amistad. Ella era una mujer sencilla, modesta, a la vez que culta. La educación, los finos modales le venían del linaje paterno. Aquella mujer que se destacó en el seno de la intelectualidad cubana de su época, reunía extraordinarias virtudes patrióticas y privadas; mujer verdaderamente exquisita por su sensibilidad, por sus sentimientos; sin petulancias, con sencillez y afecto adecuados me recibió y atendió cuantas veces llegué a su hogar que estaba situado en la barriada de Santos Suárez.

Dulce María Borrero era hija de un hombre eximio, de un gran pensador, literato, publicista y educador, que aunque no conocí, he querido evocar en esta fecha, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, ocurrido en Puerto Príncipe, el 26 de junio de 1849, meses después del inicio de la existencia del otro prócer que también nació allí y que tanto le estimaba y admiraba, sobreviviéndole: Enrique José Varona.

Hay hombres que van por el mundo derramando el consuelo y el bien, que dan aliento y estímulo a los demás, que tratan del mejoramiento de la sociedad en que han surgido y a la que se deben y, sin embargo, estos hombres, en general figuras máximas, raras en la historia de las colectividades humanas, que han nacido en un ambiente preñado de dificultades, pero a quienes en sus primeros años jamás la fortuna, la suerte o la naturaleza les fué adversa, de repente sien-

ten la sacudida del destino y quedan en situación tal en que la miseria más espantosa les abate y en que se encuentran con todas las puertas cerradas; y no obstante, estos hombres no caen en el abismo del mal o del descrédito público, sino que sobreponiéndose a la etapa adversa que les ofrece a manera de prueba la naturaleza, obtienen la superación frente a aquellas calamidades terribles y, a veces casi imprevistas, y surgen nuevamente, levantándose en medio de un oasis que es hallado, después de intenso y difícil bregar.

Esteban Borrero Echeverría, de quien se cumplió un centenario del natalicio se evoca por sentimiento de gratitud hacia su obra educacional y patriótica, fué de aquellos que se han señalado como ejemplo para la Historia. Perteneció a la estirpe moral que aquí aludimos.

—II—

NACIDO en Puerto Príncipe, hijo de familia acomodada, las vicisitudes de la guerra le obligaron a llevar la responsabilidad moral y económica del hogar donde convivían la madre y hermanos, mientras el destino mantenía al progenitor ausente, sin poder brindar su cooperación responsable. Era la consecuencia muy lamentable pero real de la actuación partidarista de un patricio cubano en el movimiento revolucionario gestado en la época.

Esteban Borrero Echeverría, adolescente, casi niño todavía, llevaba al hogar el producto de su trabajo, su esfuerzo económico, mientras ganaba el sustento diario en un plantel educacional, donde ejerció el sacerdocio de la enseñanza. La revolución que inició en las Clavellinas, jurisdicción de Puerto Príncipe, el inclito Ignacio Mora de la Pera, con motivo del levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes, en "La Demajagua", le encontró dispuesto a la faena de la guerra contra España. Lo que aquellos hombres se proponían lo habría de expresar el propio Borrero elocuentemente, años después en correspondencia dirigida al gran poeta y sociólogo cubano que se llamó Diego Vicente Tejera. "Así, bien lo ves: la aspiración que ha movido al pueblo cubano a pelear desde hace cerca de medio siglo por su independencia, no era, ni fué nunca, ni puede ser ahora, una aspiración meramente política, dentro de un gobierno capaz en este orden de ideas, de perfeccionamiento y de progreso; sino el anhelo aun más elevado, más noble y radicalmente generoso de su redención moral. Nuestras guerras contra España han tenido el carácter sagrado de verdaderas cruzadas: han sido en el fondo guerras sociales. Lo primero para el cubano, era, y es hoy todavía, conquistar y asegurar la condición integrante de su personalidad en lo humano, lo primero para el cubano, es

HERNANDEZ  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

ser igual a los demás hombres: es ser hombre".

Los estudiosos de la Historia de Cuba conocen perfectamente que hombres como Enrique José Varona, abandonaron aquel campo insurrecto, refugiándose en la Ciudad de Puerto Príncipe. Era aquella una prueba difícil ante una situación desesperada. Sin embargo la guerra prosiguió su desenvolvimiento. Esteban Borrero Echeverría, en medio de aquella lucha desigual, en medio de aquella guerra que languidecía, en donde gestos como el de Antonio Maceo no hicieron sino prolongar la tragedia íntima de una sociedad, en la que aquellas familias acostumbradas al bienestar y a la decencia sufrieron calamidades indescriptibles, al regreso a Puerto Príncipe no encontró sino la desolación, la miseria más espantosa de los suyos y a muchos extraños que todo lo negaron: cooperación, ayuda o estímulo. Afectos y pertenencias queridas habían desaparecido. Pero aquí fué en donde se reveló aquel hombre, en donde se conoció un carácter, en donde un hombre tuvo a prueba su estatura moral como ningún otro.

—III—

DE regreso al terruño, cuando ya todo se había perdido, tuvo que trabajar como zapatero. Pero cuanto ganaba, no le era suficiente para sufragar los gastos más necesarios del hogar materno. Vendedor de pan. Enrique José Varona señala con precisión: "Así lo conocí, vendiendo de puerta en puerta el pa... para el cuerpo, el que estaba destinado a dar después generosamente tanto pan espiritual a sus compatriotas". Trasladado a La Habana, fué profesor, ya graduado en la segunda enseñanza mientras cursaba estudios superiores. Fué segundo Director y luego Director, llegando hasta propietario de un plantel de enseñanza. Estudió luego agrimensura, laboró para trabajar como pericial de Aduana y obtuvo el grado de Licenciado en Medicina, llegando a prestar servicios valiosos. Para él, la Medicina más que una fuente de ingresos, en el orden económico, fué verdadero oasis en donde ofreció su ayuda noble y generosa, contribuyendo a la salud de los próximos.

Esteban Borrero fué educador y trabajador entusiasta de la Medicina. La valiosa y recia envergadura moral que poseía, le permitió atender sus grandes obligaciones. Aquella mente privilegiada jamás descansó. Acaso no había tenido a su cargo labor polifacética desde la adolescencia? Literato, poeta ante todo. La tribuna docente y la tribuna política le tuvieron en su

seno como frecuencia. El cuento, las obras de fantasía tuvieron un cultivador distinguidísimo. Y no menos notables fueron sus libros, sus textos escolares y todo cuanto para la lectura y solaz de los niños y de los adolescentes redactó, escribió con fluidez extraordinaria y dió a la letra de molde. "Jamás ha podido encontrarse —ha señalado Varona— hombre que en simple conversación derramara mayor raudal de elocuencia y sabiduría".

Aquel hombre que era hijo de patriota y había colaborado en la Guerra Grande, no quiso permanecer indiferente al movimiento revolucionario que José Martí se propuso y consiguió unificar. Y así le vieron todos asociarse al Apóstol en su empeño sublime. En la emigración vivió desde 1895: Cayo Hueso. Revalidó su título de médico en la Florida y ejerció allá, sin abandonar la enseñanza. Luego representó a Cuba como Enviado Especial del Gobierno de la República en Armas, en Costa Rica y en San Salvador. Trabajó como médico en Costa Rica. Regresó a Cuba, al cesar la dominación española. Catedrático de Anatomía Comparada en la Universidad de La Habana. Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Superintendente General de Escuelas, en sustitución de Mr. Frye. Comisionado de Escuelas. Catedrático de Psicología Pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar, en la Escuela de Pedagogía, al organizarse aquella, en donde explicó sus enseñanzas hasta que, víctima de terrible estado mental —a raíz del fallecimiento de su esposa— ahorcóse el 29 de marzo de 1906 en el Hotel Cabarrouy, Término Municipal de San Diego de los Baños, a donde había ido en busca de salud aquel hombre que "fué el amigo a quien más quise, y ha sido el hombre de más talento que he conocido", según expresión lapidaria de Enrique José Varona y que ha sido conceptuado como uno de los hombres más puros, más abnegados, más nobles, que mereció figurar en la galería de Cromitos Cubanos, valioso contenido en donde aparecen trabajos interesantísimos y valiosísimos de aquel paladín de nobles ideales, de fecundos empeños y de propósitos tan altivos que se llamó Manuel de la Cruz.

Mr. Jul 14/49



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA